

“Ahora sí, nosotros los pueblos”

*“Mucha gente pequeña en lugares pequeños
haciendo cosas pequeñas puede cambiar el mundo”.*
Eduardo Galeano.

En San Francisco, en 1945, al final de la Segunda Guerra Mundial, se fundaron, con el liderazgo norteamericano, las Naciones Unidas, cuya Carta comienza así: "Nosotros, los pueblos, hemos decidido evitar a las generaciones futuras el horror de la guerra". Esta referencia permanente al otro, que tan bellamente se contiene en la expresión castellana y catalana del plural personal, debe ser pauta de vida, acicate para la acción, para procurar el clamor popular frente al "yo" propio del poder absoluto que, desde el origen de los tiempos, caracteriza a la humanidad atemorizada, sometida, hincada.

Nosotros, los ciudadanos del mundo tenemos, en nuestras manos, las riendas de nuestro destino común. Es apremiante. Dejemos a un lado anacrónicos y desfasados proyectos y dediquémonos con inteligencia y solidaridad planetaria a hacer posible el bienestar de toda la humanidad en la nueva era. Cada ser humano capaz de crear, nuestra esperanza. Actuar como ciudadanos del mundo comprometidos con las generaciones venideras es nuestro deber supremo.

En los albores de siglo y de milenio, gracias a la tecnología digital ya no se puede alegar inadvertencia... porque ahora sabemos lo que acontece en todo el mundo. Ahora el prójimo no es necesariamente próximo. Ahora es imperativo alzar la voz, exigir... porque, por fin, “los pueblos” –como se

inicia la Carta de las Naciones Unidas- tenemos la posibilidad progresiva de expresar-nos libremente, de implicar-nos, de comprometer-nos...

El mundo no puede seguir gobernado por los grupos plutocráticos impuestos por el neoliberalismo. Es necesaria y urgente una rápida refundación del Sistema de las Naciones Unidas, con una Asamblea General compuesta al 50% por Estados y otro 50% por instituciones y representantes de “Nosotros, los pueblos...”. Y, además del presente Consejo de Seguridad, otros dos Consejos: uno Socioeconómico y otro Medioambiental...

Las comunidades científica, académica, artística, intelectual, en suma, tienen el deber, por ser las más conscientes de la situación, de situarse a la vanguardia de la movilización popular que debe corregir las tendencias presentes y ofrecer unos caminos en los que sean realmente “los pueblos” y no unos cuantos, los que lleven en sus manos las riendas del destino común.

Una de las grandes contradicciones que vivimos actualmente es la coexistencia de democracias nacionales con una oligocracia a escala mundial. Es un hecho histórico la “marcha hacia la democracia” en la mayor parte de los países del mundo. Las leyes y los mecanismos que garantizan su cumplimiento se basan en la esencia de la democracia: la voz del pueblo, representada en los Parlamentos y en la libertad irrestricta de los medios de la comunicación.

La participación ciudadana es el fundamento de la democracia genuina. En 2019 se celebra el 30 aniversario de la Declaración de Yamoussoukro, y el 20 aniversario de la Declaración y Programa de Acción de una Cultura de Paz. Estos dos aniversarios podrían ser la excusa para el anuncio, por parte del Secretario General de las Naciones Unidas, de la adopción de la Declaración Universal de la Democracia¹ que se redactó en 2010 por Karel Vasak, Federico Mayor, Juan Antonio Carrillo Salcedo... y que cuenta con la firma de Mario Soares, Adolfo Pérez Esquivel, Javier Pérez de Cuéllar, Boutros Boutros Ghali, Doudou Diene, Edgar Morin, Desmond Tutu, Rigoberta Menchú, Aminata Traoré, Alain Touraine... Estoy convencido que sería la mejor manera de “celebrar” estos dos acontecimientos tan importantes.

Me gusta repetir, parafraseando a Descartes, que “participo, luego existo”. Si no participo, no existo como ciudadano. Me cuentan (en las elecciones, en las encuestas de opinión) pero no cuento, no soy tenido en cuenta. Para alzar la voz debida, para participar, para contribuir al establecimiento de democracias sólidas, es imprescindible una educación que nos confiera actitudes y comportamientos cotidianos de conciliación, de entendimiento, de escucha. Educación como “soberanía personal”, para “dirigir con sentido la propia vida” según la magistral definición de Francisco Giner de los Ríos.

La solución a los gravísimos desafíos que enfrentamos es más democracia, mejor democracia. Y ello exige participación activa y conocimiento profundo de la realidad, que se dan especialmente en los “educados”, es

¹ <https://declaraciondemocracia.wordpress.com/>

decir, los que actúan en virtud de sus propias reflexiones y nunca al dictado de nadie. Tener las alas sin lastres, adherencias, adicciones, para volar a contraviento, para plantar cada día, aún en tiempo desapacible, semillas de futuro, para avizorar, vigías del mañana, el porvenir, para procurarlo menos sombrío.

Con ciudadanos educados ya no habrá dogmatismo, extremismo, fanatismo, ya nada será “indiscutible” ni se obedecerá de forma inexorable. La educación vence la apatía, induce a la acción.

Sí, la educación es la solución. No hay democracia genuina si no se participa, si los gobernantes y parlamentarios no son, de verdad, la “voz del pueblo”.

En los países prósperos, rodeados de artificios con frecuencia superfluos, distraídos por una información que desvía nuestra atención de los problemas esenciales, nuestra conciencia y compromisos se van acostumbrando a lo inadmisible, se van acomodando, y llegamos a pensar, como disculpa, que “no hay remedio”. Sí que lo hay. Si unimos fuerzas y voces. “Todo está por hacer y todo es posible... ¿Quién, sino todos?”, exclamó en uno de sus preciosos versos, que no me canso de repetir, Miquel Martí i Pol. Y “todos” somos “Nos-otros”... Tenerlo presente de forma permanente en nuestro comportamiento cotidiano. Sólo así lograremos enderezar las actuales tendencias y restableceremos a los “pueblos” donde se han situado, indebidamente, los “poderosos”.

Pensar en los demás, mirar, mirar-nos desde los ojos de los otros: ésta es la receta de la felicidad de un hombre sabio y bueno, de la iglesia “del Evangelio y de las sandalias”, en expresión del Obispo Pere Casaldàliga al referirse a Enrique Miret Magdalena.

Nunca abdicar, nunca postrarse. Las rodillas son para alzarse, nunca más para hincarse. Las manos son para tenderse, para dar y darse. Para darnos.

Las instituciones académicas y científicas, de intelectuales, artistas, creadores en general, están llamadas a liderar el cambio de época, la “rebelión” orteguiana para que sea realidad lo que lúcidamente establece el preámbulo de la Carta de las Naciones Unidas: “Nosotros, los pueblos”...

Los pueblos no pueden permanecer -teniendo tantos conocimientos y experiencia acumulados-, como testigos impasibles. Deben ser faro y vigía. ¡Ahora es el momento de la sociedad civil! De la fuerza a la palabra, al encuentro, a la conciliación. De súbditos a ciudadanos, la gran transición.

Ha llegado el momento de la solidaridad impulsada y ejercida por la sociedad civil sobre la base de la fraternidad que proclama el artículo 1º de la Declaración Universal de los Derechos Humanos: “Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y consciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros”.

Federico Mayor Zaragoza

20 de febrero de 2019.